Una novela de postrimerías

Federico Patán
México

El general en su laberinto, el libro más reciente de Gabriel García Márquez, es una novela plácida, cuya lectura se va deslizando sin complicaciones ni sobresaltos, como un viaje lleno de amenidades a lo largo de una llanura generosa en paisajes sorprendentes y fascinantes, surgidos de una escritura confiada en su oficio, lúcida, de una sencillez conseguida a fuerza de mucho trabajar el estilo. No hay queja posible: todo funciona bien, todo es de primera calidad.

Por ejemplo, el tema: Simón Bolívar. Tendemos en Latinoamérica a colocar en pedestales a nuestros héroes patrios. Los cubrimos de solemnidad, hasta ahogarlos bajo el disfraz oficial y oficioso de una imagen propia de discursos conmemorativos, pero no de la realidad. Seguíamos sin alcanzar la madurez de enfocar a esas figuras como seres humanos y, por lo tanto, frágiles e incluso vulnerables. García Márquez va a Simón Bolívar el hombre, elige abordarlo en los últimos meses de su vida y examinarlo cuando la frustración y la derrota lo han carcomido. Surge entonces un Bolívar convincente porque aparece con sus defectos y sus virtudes, en sus triunfos y fracasos, con sus enojos y sus amores. Es un personaje visto con enorme ternura, de manera que finalmente queda ante nosotros pulimentado por el amor con que se lo recrea.

García Márquez ha optado por una novela cuyo discurso se aproxima mucho al de una biografía. Hay puntos donde la información histórica entra con fuerza plena. Sin embargo, el subrayado está en Bolívar como individuo. Ahora bien, el narrador —claramente extradiegético— muestra un respeto sumo por el protagonista, y nos lo entrega a partir de los actos y los diálogos, enfoque sin duda externo. Un ejemplo: "Su pensamiento debió escapársele de veras para los trapiches de la infancia...", lo cual confirma nuestra idea: el autor maneja el texto aproximándolo a una biografía, pero sin extraerlo del campo narrativo.

Simón Bolívar, pues. Sin embargo, es de preguntarse hasta dónde la novela es Simón Bolívar y hasta dónde el personaje sirve como sostén de ciertas inquietudes fáciles de ver en obras anteriores del escritor. Examinemos esto. Nadie objetará que *El general en su laberinto* es una novela de postrimerías, pues todo en ella lo va explicitando. El texto abarca desde el 8 de mayo de 1830 hasta la muerte de Bolívar, el 17 de diciembre del mismo año. A lo largo de ocho capítulos vamos siguiendo el avance del general hacia su destino último. En tal sentido, el aire de familia es innegable con el coronel a la espera de una pensión, con el apocalipsis final en *Cien años de soledad* (1967), con la muerte del patriarca y con los amantes que por el río cumplen, ya ancianos, su sino ineluctable. Es decir, en García Márquez se da como mecanismo usual una etapa postrera que resume el tono de una existencia o un mundo.

En el caso de Bolívar, la muerte espera donde el viaje termina. Ningún secreto hace la trama de tal conclusión, y el interés radica en

ir testimoniando la aproximación incesante a ese punto. El libro es, realmente, la crónica de una muerte anunciada, y funciona de modo parecido a la novela corta que lleva ese nombre. La oración inicial establece ya los parámetros del caso. Con buen colmillo de narrador, García Márquez aprovecha la circunstancia histórica del viaje final de Bolívar por el río Magdalena para crear el subtexto metafórico del viaje hacia la muerte, reminiscente de una imagen utilizada por la literatura desde tiempos inmemoriales. Pero es indudable que los ríos han sido siempre elementos de cuño garciamarquiano, y *El general en su laberinto* aprovecha desde un ángulo distinto algo presente en la narrativa de García Márquez desde sus inicios.

Ese viajar hacia la muerte es a la vez un dirigirse a la nada. Son innumerables los momentos en que uno u otro personaje intuye que la nada espera en el punto de llegada: "los oficiales del séquito estaban hasta las criadillas de aquel ir y venir hacia la nada" ilustra bien lo dicho. Esa nada es, por un lado, aquella de la desaparición física; del otro, un resumen de lo ocurrido con el sueño bolivariano. Y aquí, desde luego, entra un aspecto más en apoyo de lo que decíamos: la novela habla ante todo de ciertas obsesiones de García Márquez. En movimiento paralelo, la narración informa del deterioro constante sufrido por el cuerpo de Bolívar; lo acompaña la ineludible confirmación de que el general ha fracasado en su empeño mayor: crear una América unida. Un aire de frustración constante corre por la novela, y la une a otras anteriores del autor, donde esa sensación de sueño aniquilado queda como constancia última de una existencia rota.

Parte de la explicación está en otro elemento típico de García Márquez: "Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida", dice el epígrafe de la novela, tomado de una carta de Bolívar. Luego, el texto va ofreciendo la constancia de que un destino rige la vida humana. El hombre ha de llegar inevitablemente adonde estaba decidido que llegara. Incluso el título parece referirse, en parte, a tal situación, aunque también significa el enredo que desdibujó todos los proyectos del general.

Entonces, García Márquez está ofreciendo una lectura nueva de las líneas ideológicas que lo constituyen como novelista. Es, desde luego, destino de cualquier escritor. Lo interesante de *El general en su laberinto* es que el novelista atenúa la presencia de algunos recursos que le dieron singularidad a su escritura. No han desaparecido, ni mucho menos, pero sí quedan en un plano de apoyo al propósito central del libro, y no brotan como deslumbrantes pinceladas puestas en lugares de privilegio. Nos referimos a eso que pudiera llamarse el "realismo mágico", la presencia de sucesos maravillosos que son lo cotidiano: lluvias milenarias, curanderos mágicos, presagios que se cumplen puntualmente, caimanes a la caza de mariposas (imagen que García Márquez repite ya en exceso), rumores de hombres con crestas y patas de gallo, etcétera. Son apuntes que dan indudable sabrosura al texto, y hacen reminiscencia del universo que una mayoría de lectores asume como el verdaderamente garciamarquiano. El autor disminuye el peso de tales recursos y busca un tipo de narración más clásico, más tradicional de la novela omnisciente, más próximo a ese propósito de crearle una vestimenta biográfica al discurso narrativo.

Sin duda por ello la trama ofrece una cronología bastante precisa, así como un tendido anecdótico obediente a tal cronología. Breves analepsis van trayéndonos la infancia, juventud y primera etapa adulta de Bolívar, a la vez que el sueño bolivariano en Humboldt, el juramento hecho en Roma, las batallas iniciales, etcétera. Escenas retrospectivas y argumento central contrapuntean la imagen nuclear del texto: Bolívar parece haberse "perdido en un sueño buscando algo que no existe", frase donde palpamos la invisible presencia del simbólico laberinto.

Así, llegamos al estilo. García Márquez es de aquellos autores fáciles de identificar por sus medios expresivos. Ha creado una prosa hondamente singularizada, que tiende al máximo de sencillez en *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y al exceso de adorno en *El otoño del patriarca* (1975). En la novela que nos ocupa los rasgos específicos de tal estilo han sido atenuados, fenómeno ya ocurrido en el nivel de las imágenes desusadas. Se diría que el autor procuró volver a la limpieza

prosística de sus primeros textos, pero enriquecida por la experiencia del barroquismo posterior. El resultado es un discurso de serenidad clásica; con enorme confianza García Márquez adelgaza los golpes adjetivales insólitos y busca la tersura. Hay una precisión absoluta en el lenguaje: "luego empezó la selva y todo se volvió inmediato e igual" y "el insomnio era menos árido en la madrugada, oyendo las explosiones instantáneas de las guanábanas maduras al caer de los árboles" sirven de comprobación a lo dicho.

Si volvemos a lo comentado hasta el momento, nos sentimos ante una novela claramente expresiva del universo garciamarquiano, pero llevada por la voluntad del autor hacia una zona de menor abundancia en lo típicamente propio de este narrador. Todo él está presente y, a la vez, algo del primer García Márquez ha resurgido: la contención, que incluso penetra en el aspecto amoroso de la novela. García Márquez ha tenido siempre el don de trazar relaciones amorosas muy subrayadas en lo erótico. En tal sentido, Bolívar y Manuela Sáenz forman la pareja central de *El general en su laberinto*, con una galaxia de aventuras menores (35 según cálculos de José Palacios, "sin contar las pájaras de una noche, por supuesto") girando en torno. Pero tal abundancia de encuentros sirve como apoyo al núcleo conceptual del texto: la presencia abrumadora del fracaso, pues incluso en el terreno sentimental "el amor le queda grande" al general.

Todo lo que hemos venido comentando apunta, sin duda, a un hecho innegable: estamos ante una novela sobresaliente. Como dijimos al principio, no hay queja posible: todo funciona bien, todo es de primera calidad. García Márquez alcanza un grado absoluto de dominio sobre su materia prima. *El general en su laberinto* es una gran novela. Y sin embargo, aquí se levanta la paradoja de una insatisfacción tal vez surgida de la naturaleza misma de esta obra. Al principio del comentario empleamos el adjetivo "plácida", al que ahora volvemos porque sentimos que el texto tiene un exceso de serenidad, una confianza excesiva en las bondades del oficio que se domina; quizás se trata de que el discurso nos deja anclados en una abundancia notable de recursos narrativos, en un texto pese a todo soleado y lleno de colores y sabores vivos, haciéndonos falta entonces el sacudimiento producido por una visión realmente trágica de los acontecimientos narrados.